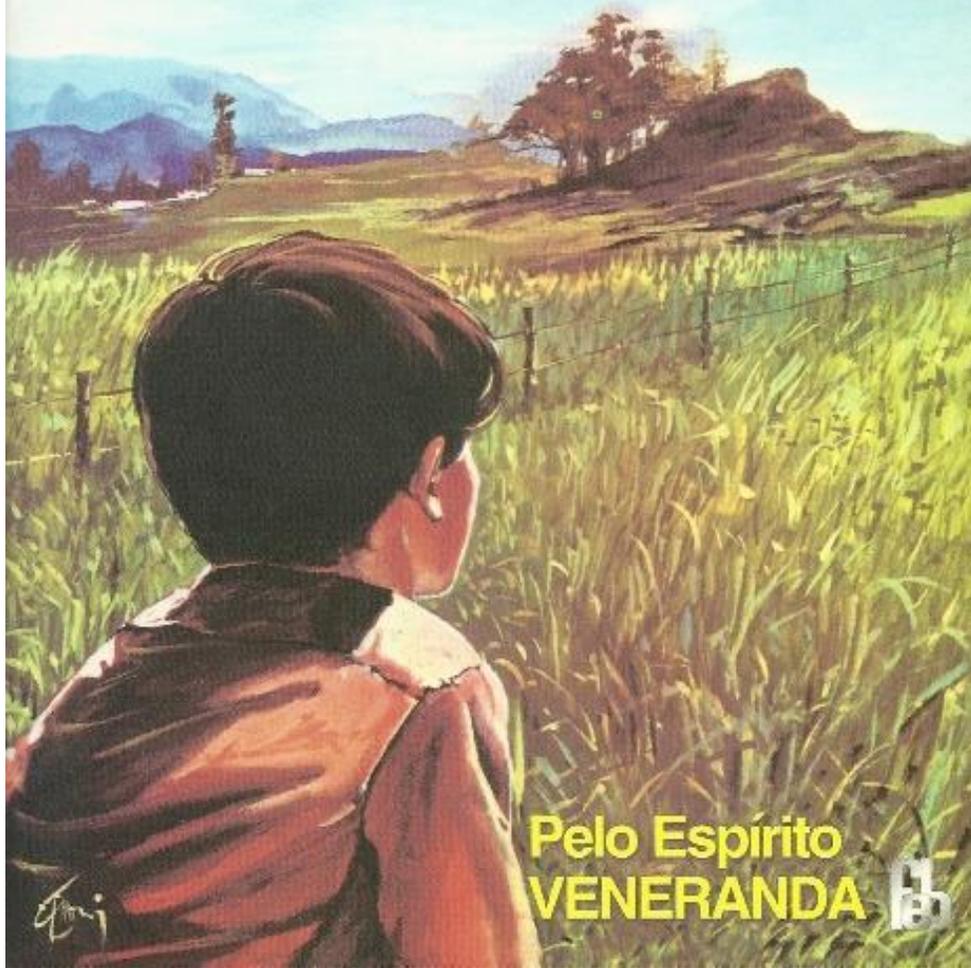


O CAMINHO OCULTO

FRANCISCO CÂNDIDO XAVIER



Pelo Espírito
VENERANDA



FRANCISCO CANDIDO XAVIER

EL CAMINO OCULTO

POR EL ESPIRITU

VENERANDA

Traducido por R Bertolini

EL CELESTE AMIGO

Jesús es el Celeste Amigo de los niños.

A través de todos los caminos y circunstancias del mundo, el niño de buena intención puede sentir Su presencia sublime. Basta que cultive la bondad en el esfuerzo diario y que guarde sincera confianza en el Divino Poder, porque, entonces, la oración representará escalera de luz por la cual recibirá la inspiración y el socorro del vigilante y compasivo Amigo del Cielo.

Veneranda

Pedro Leopoldo, 3 de abril de 1946

LEONARDO

I

LEONARDO, joven aparentemente devoto, pedía siempre al Señor que le fuese revelado el camino prodigioso para el Cielo.

Extasiado, acostumbraba mirar al firmamento, frecuentes veces, pensando en las alegrías del Paraíso.

Comparecía a las aulas de un curso evangélico y escuchaba, de oídos maravillosos, las descripciones y referencias acerca de Jesús.

No era muy gentil en el trato con los compañeros, ni dedicaba el respeto debido a las personas más mayores, siendo, por eso, poco simpático a los amigos. Entretanto, era curioso y preguntador, en las lecciones religiosas. Admiraba a Jesús y le gustaba escuchar todas las historias que se refiriesen a Él. De entre los pasajes de las narrativas apostólicas, se preocupaba especialmente de la Resurrección.

Se regocijaba al saber que el Cristo, después de la muerte en la cruz, reapareciera, rodeado de gloriosa luz, preparado para subir al Reino Celestial. Por esa razón, quería preparar la felicidad futura, deseoso de encontrarse, más tarde, en el cuadro brillante de los justos.

Y muchas veces, meditando en eso, interrumpía entre bromas para decirse a sí mismo:

- “¡Oh! ¡Si yo pudiese recibir del Divino Maestro la enseñanza necesaria! ¡qué suerte, la de convivir con los ángeles y ganar la devoción de las criaturas!”

SUBLIME ENCUENTRO

II

CIERTA noche, después de fervorosas súplicas, en compañía de su mamá, Leonardo durmió y soñó.

Tuvo la impresión de que el viento era un carro de alas aterciopeladas, cargándolo, delicadamente, para muy lejos...

Le parecía viajar en un avión diferente, sobre bosques y mares, ciudades y ríos, resplandeciendo al Sol.

Por fin, el carro lo dejó en un paisaje desconocido.

Se vio a la vera de un lago cristalino semejante a un inmenso espejo encrespado por las olas bulliciosas, y se acordó del Genesaret, donde el Señor enseñó la verdad y el bien a los discípulos humildes.

Observaba las aguas tranquilas, que reflejaban las luces del firmamento, sentía el perfume de los árboles cercanos, cuando notó que alguien se aproximaba.

Gracioso grupo de pájaros apareció, de improviso, picando las flores y tirando los pétalos al suelo, como si ellas estuviesen adornando el camino para el visitante inesperado.

El joven las contemplaba bajo una fuerte admiración, preguntándose íntimamente: -
“¿quién recibiría semejante homenaje de la Naturaleza?”.

Pasados algunos instantes, se sintió delante del propio Cristo.

No tuvo ninguna duda. La claridad sublime que se hacía alrededor, la mirada agradable y profunda, eran las del Maestro...

LA ROGATIVA

III

JESÚS se acercó a él y lo bendijo.

El joven se arrodilló a los pies del Maestro Sublime y, recordando el deseo que lo inquietaba desde hacía mucho, suplicó:

- “¡Señor, enséñame el camino para el Cielo!... ¡quiero conocer el Paraíso, abrazar a Tus ángeles y recibir lecciones de Tus labios! ...”

El Divino Amigo sonrió, benévolo, y permaneció en silencio, sondándole el corazón.

Leonardo no se desanimó y prosiguió:

- ¡Escucha, Maestro! ¡Vivo suspirando por descubrir la senda que me llevará al Reino Celestial!... ¡Ayúdame! ¡Mamá acostumbra a decirme que allí es la Mansión de los Justos y de los Buenos y que Tu eres el Príncipe de la Paz, benefactor devoto y fiel!...

Esperó algunos momentos, con ojos llenos de lágrimas, y, porque tardaba la respuesta del Salvador, preguntó, terminando:

- ¿Me darás la feliz revelación?

El Cristo lo abrazó afectuosamente y dijo, con una bella sonrisa:

- Si

El joven, maravillado y jubiloso, preguntó:

- ¿Cómo lo sabré, Señor? ¿Cómo comprenderé la dadiva sublime?

El Maestro fijó en él Su mirada muy cariñosa y habló:

- Te daré el conocimiento de la senda celeste, por diversas señales.

- ¿Cuándo? – preguntó, aun, el pequeño joven, confundido de alegría.

- ¡Hoy mismo! – dijo Jesús, bondadosamente.

EL DESPERTAR

IV

EN ese instante, Leonardo sintió dificultad para mantenerse en el hermoso paisaje en el que fue llevado.

Ya no conseguía ver al Amigo Celeste, ni escucharlo con la misma claridad. Tuvo la impresión de una voz muy fuerte gritarle en los oídos:

- ¡Leonardo! ¡Leonardo! ¡Leonar...dooo! ...

La imagen desapareció como por encanto. Ni la figura del Cristo, ni el cielo azul, ni los árboles, ni el gran lago. Y él se despertó en la cama, atendiendo a la llamada maternal.

Profunda felicidad le invadía toda el alma.

Guardaba, en su íntimo, la certeza de que regresaba de un maravilloso país donde estuvo con Jesús, frente a frente.

El reloj grande del comedor dio siete campanadas y un sol de oro vivo se derramaba a través de la vidriera.

Se levantó optimista, dejando traslucir en el rostro la más viva satisfacción.

Después de la ducha matinal, contó a su madre lo ocurrido en la noche. Describió con entusiasmo el gran viaje en un avión desconocido, la llegada al misterioso lugar, lleno de verdor y belleza, y, por fin, el encuentro con el Maestro, de cuya boca recibió la promesa deseada.

Su madre lo escuchaba, orgullosa y feliz, elogiándolo con palabras de cariño y de incentivo para la práctica del bien.

Leonardo no cabía en sí mismo de contento. En el desayuno, pensaba consigo mismo:

- “¿No debería esperar la revelación prometida?”.

Y aguardó la venida de Jesús, suponiendo que Él vendría a trazarle a los ojos asombrados una gran ruta, como la profesora en las aulas de Geografía.

EN EL SERVICIO PATERNO

V

TOCADO de alegre expectativa, fue al encuentro del padre, en los trabajos de horticultura. Atravesó el gran maizal, contemplando las nubes, lleno de curiosidad y esperanza.

Eran justamente las ocho de la mañana, cuando vio a su padre, ocupado en proteger los largos parterres de tomates y guisantes.

Paró admirado. El cuadro de trabajo inspira desánimo a las personas menos valerosas.

El torrente trajo de los montes cercanos, densa capa de inmundicia, amenazando las hortalizas delicadas.

Se hacía necesario mover la azada, cuidadosamente, y desplazar pesados carros de mano.

- ¡Ven Leonardo! – convidó el padre sonriente, secándose el sudor que le caía copiosamente del rostro.

Nuestro jovencito, no obstante, examinó las condiciones del servicio, en aquella mañana, y concluyó que la cooperación sería difícil. Estaría, por cierto, todo lleno de barro. Sentiría cansancio.

El padre, hombre, valiente y bien dispuesto, explicó, satisfecho:

- Esta es la buena tierra que produce nuestro pan.

“Si – pensó el hijo, consigo mismo – el pan es excelente, pero la tarea es enorme. ¿No sería mejor, escabullirse?”.

Sin demora, imaginó un pretexto para retirarse.

-Hoy, papá – dijo él -, no puedo ayudarte. Debo hacer muchos ejercicios escolares.

El padre no se enfadó y le aconsejó, sonriendo:

- Entonces, hijo mío, no pierdas tiempo. Vuelve para casa y estudia.

LAS PLANTAS TIERNAS

VI

A PESAR del aviso paternal, el jovencito solo se apartó para disfrutar la vagancia.

Se dirigía, perezoso, para una fuente cercana, cuando encontró largas hileras de hormigas, atacando unas tiernas plantas de naranjos. Las pequeñas invasoras cortaban hojas y brotes minúsculos con la mayor falta de respeto, y huían, rápidamente.

Observando las hojas ofendidas, recordó las alegrías del huerto. De vez en cuando, su madre realizaba fiestas para los niños, en pleno huerto.

Los compañeros y él se servían de las naranjas gustosamente. Eran siempre sabrosas y dulces. Parecían verdaderos regalos de Dios, colocadas inexplicablemente en las ramas verdes de los árboles.

El padre recomendaba incesantemente el mayor cuidado con los naranjos.

Los sábados, les hacía una demorada visita, defendiéndolas de hormigueros y hiervas dañinas. No por eso, sin embargo, modificó la actitud inicial de indiferencia. Juzgó que gastaría mucho tiempo. Consideró la posibilidad de comunicar lo ocurrido a su padre, pero, cuando supuso que podría ser encargado de salvar las plantas, abandonó todo el propósito de esfuerzo.

Tuvo la impresión de que las plantas frágiles le pedirían ayuda; entretanto, miró la inmensa cantidad de pequeñas perturbadoras en movimiento, encogió los hombros y exclamó:

- ¡Que hagan las hormigas lo que quieran! ...

LA VACA ENFERMA

VII

SE RETIRÓ para las proximidades del corral, donde su atención fue solicitada por una vaca enferma.

La pobrecita jadeaba con cansancio. Tenía una pierna rota y varias heridas en el cuerpo. Le llamaba, con un mirar muy triste, como suplicándole una gota de agua.

El animal tenía sed, mucha sed.

Era juguetona.

No pudo esquivarse de los recuerdos de sus buenos servicios. Proveía de leche sabrosa por la mañana y se dejaba ordeñar, mansa y humilde, pareciendo satisfecha en atender a las necesidades de toda la casa.

El cuidador la separaba del becerro, que lloraba, a distancia, viéndose perjudicado en el cariño materno. Juguetona, pues, posaba en él la mirada calmada de madre, pidiéndole, tal vez, paciencia y buena voluntad, hasta que pudiese satisfacer al ordeñador.

Leonardo le recordó los gestos de bondad y renuncia, pero, incluso así, no se animó a ayudarla. El animal solo le faltaba hablar directamente con palabras humanas. Con confianza, le mostraba la boca sedienta y la lengua seca. Entretanto, el jovencito se mantenía indiferente.

Llegó a buscar un látigo con que pudiese atormentarla.

Felizmente, no encontró lo que buscaba y, lejos de compadecerse, hizo un gesto de ingratitud y le dijo a la vaca enferma, en voz alta:

- ¡Quédate, por ahí, llena de lamentaciones! ¡Recibirás la buena zurra que necesitas!

AVE HERIDA

VIII

PROSEGUIA el niño en el camino, de vuelta a casa, y, después de algunos pasos, lejos del corral, encontró un ave herida, incapaz de volar.

Perverso cazador le acertó en el cuerpo frágil con un perdigón.

El infeliz se arrastraba difícilmente, provocando piedad. Las plumas suaves de las alas mostraban rubros señales de sangre.

Dirigió a Leonardo una mirada de aflicción y desaliento, en una llamada muda de asistencia y cariño.

Parecía decir:

- “¡Tengo el nido lleno de hijitos que me esperan!... salí, muy temprano, buscando alimento, pero fui apuntado por un hombre malo, que me alcanzó sin razón! ... ¡Muchacho bueno! ¡Ayúdame, en nombre de nuestro Padre Celestial! ¡Ayúdame a regresar! ... ¡Tengo miedo, mucho miedo! ... ¡Recuerda a tu madre que no deseaba separarse de ti y compadécete de mi corazón angustiado de madre herida! ¡Mis hijitos bendecirán tu nombre, cantaremos en tu ventana con alegría y gratitud!”

El jovencito, con todo, insensible ante aquella rogativa sin palabras, observó rudamente:

- ¡Perfecta ocasión para practicar tiro al blanco! ...

Sin ninguna otra reflexión, cogió una piedra, al azar, y, después de mirar atentamente la cabeza atemorizada del ave infeliz, la mató sin compasión.

EL VIEJO SERVIDOR

IX

Proseguía en su caminata, cuando encontró a un antiguo servidor de la propiedad paterna.

El viejito, de cabellos blancos, seguía difícilmente, soportando un pequeño fardo en las espaldas.

¿Cómo no acordarse de él? Era Ricardo, precioso trabajador en todos los trabajos domésticos. Demostraba cansancio y vejez, pero nunca le faltaba buena voluntad. Debido a eso, el papá de Leonardo aprovechaba sus servicios en actividades más leves.

En ese día, se mostraba más pálido, más trémulo, tropezando frecuentes veces.

Leonardo se acercó. Notando su presencia, el anciano rogó, con confianza:

- ¡Mi buen jovencito, ayúdame, por favor! Vengo del molino de tu padre, donde recibí el salvado que debo entregar al vecino... Creo, pues, que mi viejo cuerpo no está funcionando bien... La cabeza me da vueltas, tengo las piernas adoloridas, tengo miedo de caer en cualquier momento....

Hizo un pequeño intervalo y añadió, humilde:

- ¿Quieres ayudarme a llevar la carga? ...

Su voz era triste y llorosa, pero el jovencito no se conmovió. Pensó consigo mismo que el viejo era un simple empleado y que no debía disminuirse, prestándole colaboración.

Dominado por esa idea, puso las manos en los bolsillos, dio una risotada y habló:

- ¿Crees que soy tu criado? Revienta como puedas.

La respuesta revelaba una dura ingratitud. El viejito, con todo, no dijo nada más y siguió en silencio.

EL LIBRO PRESTADO

X

PASADOS algunos minutos, el insensible jovencito se encontraba, de nuevo, a las puertas de casa, y contempló el firmamento, donde el Sol iba muy alto, dando la impresión de que viajaba en el dorso blanco de las nubes.

Parado en la observación de lo alto, se preguntó a sí mismo:

- ¿En qué momento vendrá Jesús a enseñarme el camino para el Cielo?

El viento pasaba, levemente, pareciendo recomendarle calma y esperanza...

Se disponía ahora a entrar en el interior doméstico, cuando fue llamado por Antoñito, inteligente sobrino del vaquero, el cual, de pies descalzos y camisa en remiendos, le pedía un libro prestado.

El compañero pobre permanecía con respeto, retraído. Los ojos tímidos mostraban expresión de súplica.

Leonardo supuso que el compañero tal vez hubiese venido por consejo del tío Manuel, que lo asistía cariñosamente en las lecciones, y disfrutó el placer de exhibir la posesión.

Se enderezó y le recibió el saludo con los humos de la superioridad mentirosa.

Antoñito se explicó humildemente, alegando que debía presentar las lecciones preparadas, lo que se tornaba difícil por faltarle el libro de Historia Natural.

Leonardo escuchó todo, de cabeza alta, y respondió, inflexible:

- ¿El qué? ¿dejarte mi libro? ¡de ninguna manera! Si quieres estudiar, gástate tu propio dinero.

El compañero insistió en la solicitud, pero nuestro jovencito se adelantó:

- ¡No! ¡No y no!...

Antoñito se retiró abatido, procurando reprimir las lágrimas.

LA COMIDA

XI

LUEGO después, entró Leonardo en casa, donde esperó al padre para la comida. Ni siquiera miró para su madre que ahí precipitada, de un lado para otro, atenta a los preparativos de la comida.

Temiendo el trabajo, se cerró en el cuarto, hasta que la voz materna se hiciera escuchar a la puerta, llamándolo cariñosamente.

El padre ya había llegado, preparándose para la comida. Venía sudado, pero alegre, cargando dos cestos pesados de fresas, zanahorias, bananas y piñas. Pero Leonardo, se mantenía distante de cualquier expresión de reconocimiento y ni se dignó a mirar las frutas.

Puesta la mesa en un mantel muy limpio, de balde su madre le recomendaba compostura y silencio.

El jovencito lloriqueaba, entre lamentaciones y palabras feas.

- ¿Dónde está mi bistec? – reclamaba, gritando, en vista de la ausencia de la carne.

- ¿Sírrete dos huevos, hijo mío? – decía su madre cariñosa y buena.

- ¡No quiero! ¡No quiero!... -exclamaba el hijo ingrato.

- Las zanahorias y patatas están excelentes- acentuaba la señora con desvelo.

El pequeño malcriado, sin embargo, lejos de corresponder a la bondad de los padres, abandonó la mesa precipitadamente, dirigiéndose para la cocina, donde bebió casi un litro de leche a escondidas.

ZÉ MACACO

XII

Acabado la comida, bajo la mirada materna, que revelaba enorme preocupación, Leonardo tomó la cartera de libros y cuadernos, poniéndose en camino para la escuela.

El lugar de sus padres se localizaba en las inmediaciones de una gran ciudad y nuestro amigo, durante el trayecto, en un kilómetro de camino marginado de grandes árboles, iba pensando consigo mismo:

- “¿Cómo recibiré las señales del camino para el Cielo?”

En breves minutos, entraba en las calles bien cuidadas, donde otros niños, no menos descuidados, se unieron a él, yendo para el grupo escolar.

Se aproximaba al establecimiento de enseñanza, junto a tres compañeros, cuando avistó un pobre hombre andrajoso, buscando papeles viejos.

- ¿Quién es aquel? Preguntó el menor de los compañeros.

Leonardo sonrió maliciosamente, dando a entender que había encontrado excelente motivo para la broma.

Silbó, fuertemente y respondió con voz gritando:

- ¡¡¡Es Zé Macaco!!!

No contento con eso, se acercó al mendigo demente y exclamó de modo estridente:

- ¡Ma-ca-co! ¡Ma-ca-co!...

El infeliz intentó reaccionar, espantando a los niños desocupados, pero Leonardo cogió una piedra y se la tiró a la cabeza, sin piedad. La víctima gimió de dolor y se apartó de prisa para detener la sangre que corría, abundante, en la frente abierta.

Temiendo a los policías, Leonardo y los otros niños se recogieron cautelosamente para la escuela.

EN LA ESCUELA

XIII

DENTRO, la campana anunciaba el inicio de las clases.

El interior de la sala era agradable.

La profesora, muy cuidadosa, organizó un ambiente de alegría, como siempre, llenando el recinto con jarrones de flores.

Las carteras, limpias y bien dispuestas, convidaban a una posición respetuosa; con todo, Leonardo se mantenía distante de cualquier sentimiento de gratitud, pareciendo ciego a semejantes bienes.

En cuanto la profesora hablaba sobre Geografía, Leonardo hacía burlas. Silbaba para los compañeros, provocaba risas, pinchando al compañero del frente con la punta del lápiz y, de minuto a minuto, declinaba, en voz alta, apodos y nombres feos.

En balde, la profesora rogaba silencio, llamando la atención. El jovencito continuaba siempre lo mismo, inconveniente e insubordinado.

En una clase de canto, preparada con gusto por las niñas bien comportadas, perturbó el orden, con imitaciones de sonidos de pavo y mono; durante el recreo, se hizo el valentón y se metió en pelea con dos pequeños menores, a los cuales prometió pelea para el día siguiente.

La profesora, aunque gastase muchos consejos y promesas de castigo, lo soportó con tranquilidad. Sin embargo, al terminar las lecciones, lo contempló, con enorme tristeza, reparando, pues, que Leonardo no se daba el trabajo de pensar que la maestra lamentaba la conducta del alumno ingrato y desobediente.

LA MERIENDA

XIV

A LA SALIDA de la escuela, mostró dos grandes rebanadas de pan con manteca y queso fresco, que le sobraron de la merienda, se aproximó Orlandiño, el hijo de una lavandera pobre, que le habló, avergonzado:

-Leonardo, hoy aun no comí cosa alguna...

Tuvo miedo de quedar atrasado en las lecciones y no quiso perder la clase, aunque vino con bastante hambre...

Torcía las manos, tímido por pedir. Y porque el compañero clavó sus ojos con frialdad, prosiguió explicando:

- “Tu” Januário no me pagó los trabajos que hice en tu casa, la semana pasado, y, por eso, como mamá está enferma, no nos fue posible comprar ni café...

Leonardo no respondía, pero Orlandiño, muy colorado de vergüenza, pasó al pedido directo, después de una pausa más larga:

¿En vista de nuestras dificultades, quien sabe si tu querrás darme, por favor, la merienda que te sobró del recreo?

En ese punto del pedido, los ojos de Orlandiño estaban llenos de lágrimas. Con voz más triste aun, concluyó:

-Me gustaría llevar algún alimento para mi mamá...

Leonardo, sin embargo, rompiendo el silencio en que se cerró, exclamó:

¡Ahora! ¿Tú crees que yo soy una panadería? ¡Sigue adelante! ¡No doy merienda a compañeros vagos!

Orlandiño lloró, porque, de hecho, sentía hambre, pero Leonardo fue insensible.

-Si quieres comer – acrecentó - ¡vete a trabajar!

LA ORACIÓN DE LA NOCHE

XV

ERA tarde, cuando volvió a casa.

Lo esperaban los padres cariñosos para una leve cena.

Observando que el día terminaba, sin que Jesús viniese, en persona, a enseñarle el camino del Cielo, Leonardo se mantenía enfadado y testarudo.

A la noche, cuando su madre lo llamó para la oración de gracias, respondió, nervioso:

- ¿Para qué rezar más? El día pasó sin que Jesús cumpliera la promesa... Esperé, ansioso, que me viniese a revelar la senda celestial.

Iba a lloriquear, pero la palabra materna acudió, consoladora:

- ¡No te enfades, hijo mío! El Maestro, ciertamente, espera que mejores el corazón.

Herido en la vanidad, el jovencito no se contuvo:

- ¡Ah! -dijo, irrespetuoso – ¿quieres decir que soy malo, que no cumplo con mis deberes? ¿quieres decir que soy perverso?

Cerrando los puños, gritaba, irritado:

- ¡No lo soy! ¡no lo soy!

Calmándolo, añadía la madre desvelada:

-No te estoy acusando, hijo mío. Sé que debemos confiar en tu carácter, reconozco que has sido correcto en las obligaciones diarias, pero no podemos esperar que Jesús venga hasta nosotros, sin perfeccionarnos el corazón.

Contempló a Leonardo, bondadosa y acentuó:

-No podemos hacer tan gran trabajo en un solo día.

Consolado por la paciencia materna, él oró de mala voluntad y se acostó.

TEMORES

XVI

PASADOS algunos minutos, comenzó a soñar nuevamente.

Se sintió ágil y feliz, fuera del cuerpo de carne, y reconoció que el mismo coche desconocido, de alas suaves como el terciopelo, lo transportaba, suavemente, para muy lejos...

Mirando desde las nubes las ciudades, los bosques y los mares, allá abajo, recordó el viaje anterior con todos los detalles. En breve, el indescriptible aparato lo dejó a la vera del mismo lago caprichoso y cristalino.

Se acercaron a él pajaritos en banda. Árboles frondosos le ofrecían frutos y flores.

De largas distancias, venían cantigas de pescadores simples y felices. Se veía transformado. No sentía más el nerviosismo o la irritación. Profunda paz le llenaba toda el alma. En ese instante, una pregunta le cruzó por el cerebro.

- ¿Vendría Jesús de nuevo? – pensó.

¡Oh! Sin querer, estaba triste al pensar en eso.

Comenzó a recordar las liviandades del día y experimentó enorme vergüenza. Ahora, solamente ahora, lo comprendía. Tal vez el Maestro lo hubiese buscado, pero observándolo tan descuidado, esperó aquella ocasión para hablarle.

Avergonzado, sintió que el remordimiento se convertía en una dolorosa herida en la consciencia....

¿No sería mejor retroceder? – se preguntó a sí mismo – ¿no convenía volver a casa y rectificar los errores del día, antes del reencuentro con el Maestro?

EL REENCUENTRO

XVII

SE ESFORZABA por salir, cuando escuchó la misma voz de la noche anterior:

¡Leonardo! ¡Leonardo!

Estaba el Señor delante de él, más bello que nunca. El jovencito cayó de rodillas, pero notó que Jesús no tenía la misma alegría de antes. Parecía triste, muy triste. Mostraba en los ojos profundos y sublimes el llanto que no llegaba a caer. Y hasta la Naturaleza parecía comulgar con el Maestro, porque las aves silenciaron y las olas bulliciosas y limpias del lago inmenso se aquietaron, de manso, obedeciendo a un extraño poder.

Leonardo quiso preguntar por el motivo de tanta modificación, pero le faltó valor. Jesús lo contemplaba con infinita dulzura, aliada, pues, la decepción tan grande, que Leonardo se inclinó para el suelo, le abrazó los pies, humillado y lloroso.

Como Jesús nada dijo, el jovencito se explicó, tímido:

-Señor, te esperé en vano el día entero... ¿Porque no viniste a enseñarme el camino del Cielo, tu que eres bueno y poderoso? ¿Por qué no me diste las señales prometidas?

- ¿Cómo? – exclamo el Cristo, sorprendido, te di el camino celeste y, por diez veces, te indiqué las señales de la revelación divina. Entretanto, no quisiste ver. Trabajé contigo, de balde, horas enteras, insistiendo para que vieras y comprendieras...

Leonardo abrió mucho los ojos lacrimosos y preguntó:

- ¿Qué dices, Señor? ...

EXPLICACIÓN DEL MAESTRO

XVIII

EL MAESTRO Divino, entonces, comenzó a explicarle:

-Cuando te levantaste por la mañana, me acerqué a tu padre y te convidé al trabajo en tu propio beneficio, pero huiste, temiendo el esfuerzo a que te llamaba. Fue la primera señal.

Te acompañé y te hice sentir la súplica silenciosa de los naranjos tiernos atacados por las pobres hormigas inconscientes y esperé que tus manos me ayudasen en la obra del bien, para que el huerto de tu casa fuese enriquecido. No obstante, no aceptaste mi llamada y seguiste apresurado. Te conduje, entonces, a la vaca enferma, que muchas veces te atendió el hambre con la leche generosa, garantizando la abundancia del hogar paterno. No quisiste ayudarla, ni con una gota de agua. Luego, te llevé para ayudar a una pobre ave herida que, frecuentemente, ayudaba a tu padre en los trabajos de horticultura, consumiendo gusanos dañinos. Pero, lejos de ampararlo, le robaste la provechosa vida, necesaria a los hijitos. Más tarde, te guie a la presencia de un viejo servidor, cansado y enfermo, a fin de que lo ayudases a cargar una pesada carga. Entretanto, negaste auxilio al antiguo cooperador de tu prosperidad doméstica. Sin desanimar con tus negativas, mandé a un pobre niño a tu presencia, para rogarte un libro prestado, a fin de que adquirieses un amigo fiel. Sin embargo, lo expulsaste sin caridad. Después, te proporcioné una oportunidad de ser grato a Dios, ofreciéndote comida sustanciosa y sana, pero insultaste la mesa paternal, pronunciando palabras inconvenientes. En seguida, te aproximé a un modesto y enfermo barrendero de calle, para que demostrases respeto y amor al prójimo. Lo perseguiste a pedradas. Terminada esa experiencia infructífera, te acompañé hasta la profesora bondadosa, esperando que revelases una buena voluntad y reconocimiento. Preferiste, con todo, la perturbación y vagancia. En la escuela, había un humilde niño con hambre que conduje a tu presencia, a fin de que le dieses un poco del pan que te sobraba, pero le heriste con palabras de burla y negación. ¡Finalmente, a la noche, te di la oportunidad a la oración de reconciliación y agradecimiento... atacaste, pues, a tu madre con frases groseras y quejas interminables!...

EL CAMINO

XIX

LEONARDO estaba perplejo. Entendía, ahora, las visitas del Maestro Invisible. Tenía el rostro bañado en lágrimas y el corazón entristecido. Pero, como no guardaba perfecta comprensión de todo, se arriesgó a considerar, aun:

-Señor, reconozco que no respeté las señales que me distes. Estaba ciego... Perdóname y ayúdame, por amor al Padre de Bondad Infinita...

Los sollozos de amargura íntima lo obligaron a un pequeño intervalo. El jovencito, pues, creó fuerzas nuevas y preguntó:

- ¿Con todo, Señor, y el camino para el Cielo?

Jesús, entonces, sonrió benevolente y esclareció:

-El camino celeste es el día que el Padre nos concede, cuando es aprovechado por nosotros en la práctica del bien. Cada hora, de ese modo, se transforma en bendecido trecho de ese camino divino, que andaremos hasta el encuentro con la grandeza y la perfección del Supremo Creador, y cada oportunidad de buen servicio, durante el día, es una señal de la confianza de Dios, depositada en nosotros. Quien aprovecha la oportunidad de ser útil, camina para lo Alto y avanza en la senda sublime, pero los que huyen del trabajo edificante pierden el tiempo y se demoran en la retaguardia, luchando con los peligrosos monstruos de la pereza y del mal.

El Maestro hizo una larga pausa y, después, acariciando la frente de Leonardo, que se deshacía en llanto, preguntó:

- ¿Por qué huiste de la ocasión de ser bueno, hijo mío?

DESPERTANDO DE NUEVO

XX

LEONARDO, abatido y humillado, levantó los ojos tristes y rogó:

- ¡Perdóname, Señor!...

En seguida exclamó, desalentado:

- ¿Qué será de mí? Perdí mi día, desprecié el camino para el Cielo y, sobre todo, hice el mal a mis semejantes....

En ese momento, notó que sombras espesas caían en el paisaje. No veía más los astros brillantes, ni las aguas, ni los árboles, ni los pájaros. Clavó los ojos en Jesús; entretanto, sentía también extremas dificultades para divisar al Maestro...

Quería prolongar indefinidamente aquellos minutos sublimes en la compañía del Celeste Amigo para saber más, mucho más. Percibiendo, pues, que el Cristo se apartaba, extendió los brazos en su dirección y preguntó, ansiosamente:

- ¿Qué será de mí, Señor?

Leonardo no consiguió más divisar al Maestro, pero escuchó su voz respondiendo:

-Esperaré por ti, mañana...

Deseó levantarse y correr para buscarlo.... Entretanto, no consiguió hacerlo. La sombra aumentaba, aumentaba siempre y una fuerza extraña e invencible que le sujetaba las rodillas al suelo en donde se encontraba arrodillado. Después de penosos minutos de aflicción, dentro de los cuales se sentía en una noche horrible de tinieblas, despertó, llorando intensamente...

Pero, en sus oídos de jovencito transformado, resonaban aun las palabras del Divino Maestro:

-Esperaré por ti, mañana...